

„Cobarde, le decian, baja y toma las armas: que no es de hombres de pro estar mirando tranquilamente á los que pelean, y pierden la vida en defensa de la patria.” Mas estos lamentos, arrancados por el dolor de las heridas, ó por las agonías de la muerte, eran injustos; pues Moquihuix no faltaba á sus obligaciones de general y rey, procurando no esponer tanto su vida, como los soldados la suya, para serles mas útil con el consejo y con la voz. Entre tanto, los Mexicanos llegaron á la escalera del templo, y subiendo por ella, dieron con Moquihuix, que animaba á su gente, y se defendía como un desesperado; pero un capitán mexicano, llamado *Quetzalhua*, lo arrojó de un golpe por la escalera abajo, y unos soldados, cogiendo en brazos el cadáver, lo presentaron á Axayacatl, el cual abriéndole el pecho, le arrancó el corazón: acción horrible, pero á lo que ellos estaban acostumbrados en sus sacrificios (1). Así acabó el valiente Moquihuix, y con él la pequeña monarquía de los Tlatelolcos, gobernada por cuatro reyes en el espacio de cerca de ciento diez y ocho años. Los Tlatelolcos, viendo muerto á su monarca, se desordenaron, y procuraron salvar la vida con la fuga, pasando por medio de sus enemigos; pero quedaron muertos en la plaza cuatrocientos sesenta, y entre ellos algunos oficiales de alto grado. Después de aquella conquista, se unió perfectamente la ciudad de Tlatelolco á la de México, ó por mejor decir, no se consideró como una ciudad distinta, sino como parte ó arrabal de ella, como sucede en la actualidad. El rey de México puso allí un gobernador, y los Tlatelolcos, además del tributo que le pagaban en granos, ropas, armas y armaduras, estaban obligados á reedificar el templo de Huitznahuac, siempre que fuese necesario.

(1) El intérprete de la *Coleccion* de Mendoza dice que, habiendo Moquihuix perdido la batalla, se acogió á lo alto del templo, y desde allí se precipitó, por no poder sufrir los improperios de un sacerdote; pero la relacion de los otros historiadores me parece mas conforme al carácter del rey.

No sabemos si los Cuauhpanqueses, los Huexotzingos y los Matlatzincas, que se habian confederado con los Tlatelolcos, se hallaron en efecto en aquella guerra. De los otros aliados, dicen los historiadores que habiendo llegado al socorro de los Tlatelolcos, cuando ya era muerto Moquihuix, se retiraron sin tomar parte en la lucha. Cuando Axayacatl se vió desembarazado de enemigos, mandó dar muerte á Poyahuítl, y á Ehecatzitzimitl, que eran los que mas habian escitado á sus compatriotas contra los Mexicanos. La misma suerte tuvieron poco tiempo después los caudillos de Xochimilco, de Cuitlahuac, de Colhuacan, de Huitzilopochco y otros, por haber tomado parte en la guerra.

NUEVAS CONQUISTAS, Y MUERTE DE AXAYACATL.

Para vengarse después de los Matlatzincas, nacion numerosa y fuerte, establecida en el valle de Toluca, y aun no sometida á los Mexicanos, les declaró la guerra; y saliendo de México, con los reyes aliados tomó de paso los pueblos de Atlapolco, y Xalatlauhco: después conquistó en el mismo valle á Toluca, Tetenanco, Metepec, Tzinacantepec, Calimaya, y otros lugares de la parte meridional, quedando desde entonces la nacion tributaria de la corona de México. Pasado algun tiempo, volvió á la misma provincia, para ocupar la parte setentrional del valle, llamada en el dia *valle de Ixtlahuacan*, y principalmente Xiquipilco, ciudad y estado considerable de los Otomites, cuyo señor Tlilcuezpalin era famoso por su valor. Axayacatl, que aun se jactaba del suyo, quiso pelear cuerpo á cuerpo con él en la batalla que presentó á los Xiquipilqueses; pero el éxito le fué funesto, pues habiendo recibido una gran herida en un muslo, sobreviniendo dos capitanes otomites, lo arrojaron al suelo, y lo hubieran hecho cautivo, á no haberse presentado unos jóvenes mexicanos, que viendo á su rey en tan gran peligro, combatieron en su defensa, salvándole la libertad y la vida. A pesar de esta desgracia, los Mexicanos consiguieron una

completa victoria, é hicieron, segun dicen sus cronistas, once mil sesenta prisioneros, entre ellos al mismo Tlilcuezpalin, y á los dos capitanes que habian atacado al rey. Con este glorioso triunfo, agregó Axayacatl á su corona los estados de Xiquipilco, Xocotitlan, Atlacomolco, y todos los demas que no poseia ántes en aquel ameno valle.

Cuando sanó Axayacatl de su herida, aunque siempre quedó estropeado de la pierna, dió un gran banquete á los reyes aliados y á los magnates de México, durante el cual mandó dar muerte á Tlilcuezpalin, y á los ya mencionados capitanes otomites. No parecia á aquellas gentes importuna esta ejecucion en las delicias de un convite; porque acostumbrados á derramar sangre humana, el horror que esta debe inspirar, se habia convertido en deleite. ¡Tan grande es la fuerza de la costumbre, y tan fácil al hombre familiarizarse con los objetos mas espantosos!

En los últimos años de su reinado, pareciéndole demasiado estrechos por la parte de Occidente los límites de su imperio, salió de nuevo á campaña por el valle de Toluca, y pasando los montes, se apoderó de Tochpan y de Tlaximaloyan, quedando desde entonces en aquel punto fijada la frontera del rio Michuacan. Volviendo desde allí hácia Oriente, se hizo dueño de Ocuilla y de Malacatepec. La muerte interrumpió el curso de sus victorias en el décimo año de su reinado, y en el 1477 de la era vulgar. Fué hombre belicoso, y severo en el castigo de las trasgresiones de las leyes promulgadas por sus abuelos. Dejó de muchas mugeres un gran número de hijos, y entre ellos el célebre Moteuczoma II, de quien en breve hablaremos.

TIZOC, SETIMO REY DE MEXICO.

Por muerte de Axayacatl, fué elegido Tizoc, su hermano mayor, el cual habia servido el empleo de general de los ejércitos (1).

(1) El P. Acosta dice que Tizoc era hijo de Moteuczoma I, y el intérprete de la *Coleccion* de Mendoza lo

No sabemos los pormenores de la primera expedicion que hizo, con el fin de tener prisioneros, para sacrificarlos en la solemnidad de su coronacion. Su reinado fué breve y oscuro. Sin embargo, en la pintura décima de la *Coleccion* de Mendoza se representan catorce ciudades conquistadas por aquel monarca, entre las cuales se cuentan Toluca y Tecaxic, que se habian rebelado á su corona; Chillon y Yancuitlan, en el pais de los Mixtecas; Tlapan y Tamapachco. Torquemada hace mencion de una victoria ganada por él á Tlacotepec.

GUERRA ENTRE LOS TEZCOCANOS Y LOS HUEXOTZINGOS.

En el tiempo de este rey ocurrió la guerra entre los Tezcocanos y Huexotzingos. Su origen fué la ambicion de los príncipes, hermanos del rey Nezahualpilli; los cuales aunque se mostraron satisfechos al principio, de la exaltacion de su hermano menor, habiéndose enfriado después la memoria de su difunto padre, y no pudiendo ya sufrir la autoridad del que ellos creian su inferior, tramaron contra él una conjuracion secreta. Para la ejecucion de sus perversos designios, convidaron desde luego á los Chalqueses, que siempre estaban prontos á semejantes atentados; pero frustrados los medios con que contaban, solicitaron con el mismo fin á los Huexotzingos. Nezahualpilli, informado de aquellos planes, aprestó sin tardanza un buen ejército, y marchó contra ellos. El general de los enemigos habia indagado las señas del rey, para dirigir contra él sus ataques, y aun habia prometido grandes premios al que se lo presentase muerto ó vivo. No faltó quien informase de todo esto al rey, el cual, ántes de entrar en la accion, cambió de ropas y de insignias con uno de sus capitanes. Este desgraciado oficial fué muy en breve rodeado de la muchedumbre enemiga, y muerto á sus manos. Mientras saciaban en él su furor, Nezahualpilli acomete

hace hijo de Axayacatl; uno y otro se engañan. Tambien se engaña el P. Acosta en el orden de los reyes, colocando á Tizoc ántes de Axayacatl.

tío por retaguardia al general de los Huexotzingos, y lo mató, no sin gran peligro de ser víctima de los soldados que acudieron al socorro de su gefe. Los Tezcocanos, que estaban en el mismo error que los Huexotzingos, por no haber tenido noticia del cambio de la ropa, se desanimaron cuando creyeron ver muerto al rey; pero ya desengañados, cobraron nuevos bríos, corrieron á su defensa, y despues de haber derrotado á sus enemigos, saquearon la ciudad de Huexotzinco, y, cargados de despojos, volvieron á Tezcoco. Nada dicen los historiadores del fin que tuvieron los príncipes, autores de la conjuración: puede creerse que murieron en la batalla, ó que evitaron con la fuga el castigo que merecian. Nezahualpilli, que poco ántes habia mandado edificar un hermoso palacio, para dejar un monumento durable de su victoria, hizo construir un muro que encerraba tanto espacio de tierra, cuanto ocupaban los Huexotzingos, que acudieron á socorrer á su general, y dió á este edificio el nombre del dia en que ganó su triunfo. Así procuraban immortalizar sus nombres, los que, en sentir de algunos, no se curaban del porvenir.

BODAS DEL REY NEZAHUALPILLI CON DOS SEÑORAS MEXICANAS.

Tenia á la sazón Nezahualpilli muchas mugeres, todas de ilustre prosapia; pero ninguna tenia el título de reina, reservando aquel honor á la que pensaba tomar de la familia real de México. Pidióla al rey Tizoc, y este le dió una sobrina suya, hija de Tzotzocatzin. Celebráronse las bodas en Tezcoco, con gran concurso de la nobleza de ambas naciones. Tenia esta señora una hermana de singular belleza, llamada Xocotzin, y amábanse tanto las dos, que no pudiendo separarse, la reina obtuvo de su padre el permiso de llevar á su hermanita consigo á Tezcoco. Con la frecuente vista y el trato diario, se enamoró el rey de tal modo de su cuñada, que determinó casarse con ella, y exaltarla también á la dignidad de reina. Estas segundas bodas fueron, segun dicen

los autores, las mas solemnnes y magníficas que se vieron jamas en aquel pais. Poco tiempo despues tuvo el rey, de la primera reina, un hijo llamado *Cacamatzin*, que fué su sucesor á la corona, y hecho prisionero por los españoles, murió desgraciadamente. De la otra tuvo á *Huexotzincatzin* [1], de quien despues hablaremos; á Coanacotzin, que fué también rey de Acolhuacan, y poco tiempo despues de la conquista, murió ahorcado por orden de Hernan Cortés; y á Ixtlilxochitl, que se confederó con los españoles contra las Mexicanas, y convertido al cristianismo, tomó el nombre y el apellido de quel conquistador.

MUERTE TRAGICA DEL REY TIZOC.

Miéntras Nezahualpilli procuraba multiplicar su descendencia, y vivir tranquilamente en sus estados, maquinaban la muerte del rey de México algunos de sus feudatarios. Techtollalla, señor de Iztapalapan, ó resentido por algun agravio que de él habia recibido, ó no queriendo permanecer mas tiempo bajo su yugo, concibió el perverso designio de atentar contra su vida, y no quiso descubrirlo sino á quienes le parecieron capaces de ponerlo en ejecucion. El y Maxtlaton, señor de Tlachco, se pusieron de acuerdo sobre el modo de llevar al cabo un atentado tan peligroso. Los historiadores no conyienen en este punto. Los unos dicen que se valieron de ciertas hechiceras, cuyas artes le quitaron la vida; mas esto me parece una fábula popular. Los otros aseguran que hallaron modo de darle veneno. Sea como fuere, lo cierto es que lograron su intento. Murió Tizoc en el quinto año de su reinado, y el 1482 de la era vulgar. Era hombre circunspecto, grave, y severo, como sus antecesores y sucesores, en el castigo de los delincuentes. Como en su tiempo eran ya tan grandes el poder y la opulencia de aquella corona, proyectó erigir al dios protector de la nacion un templo, que en dimen-

[1] Dióse á aquel príncipe el nombre de Huexotzincatl en memoria de la victoria ganada á los Huexotzingos.

siones y magnificencia, superase á todos los de aquel pais, y con este fin habia preparado inmensidad de materiales, y aun empezado la obra, cuando vino la muerte á trastornar sus designios.

AHUITZOTL OCTAVO REY DE MEXICO.

Conociendo los Mexicanos que no habia sido natural la muerte de su monarca, determinaron vengarla ántes de proceder á nueva eleccion. Sus indagaciones fueron tan activas, que en breve descubrieron á los autores del atentado; los cuales fueron castigados con el último suplicio en la plaza mayor de México, en presencia de los reyes aliados y de la nobleza mexicana y tezcocana. Congregados despues los electores, nombraron á Ahuitzotl, general de los ejércitos y hermano de los dos reyes precedentes. Desde los tiempos del rey Quimalpopoca se habia introducido la costumbre de no dar la corona, sino al que hubiese ejercido aquella dignidad, creyendo oportuno que diese muestras de su valor el que debia ser gefe de una nacion guerrera, y aprendiese en el mando de las tropas el arte de regir á los pueblos.

DEDICACION DEL TEMPLO MAYOR DE MEXICO.

El primer cuidado del nuevo rey fué la conclusion de la obra del magnífico templo, diseñado y comenzado por su antecesor. Continuaron con la mayor actividad los trabajos, y habiéndose empleado en ellos un número increíble de operarios, se concluyó en el término de cuatro años. Entre tanto salió el rey muchas veces á la guerra, y todos los prisioneros que caian en manos de sus tropas, se reservaban para la fiesta de la dedicacion. Las guerras de aquellos cuatro años fueron dirigidas contra los Mazahuas, que habian sacudido el yugo de Tacuba; contra los Zapotecas, y contra otros muchos pueblos. Terminado el edificio, convidó el rey, para la ceremonia, á sus dos aliados, y á toda la nobleza de ambos pueblos. El concurso fué el mas numeroso que hasta entónces se habia visto en México (1),

(1) Algunos autores aseguran que el número de

pues acudieron gentes de los paises mas remotos. La fiesta duró cuatro dias, y en ellos se sacrificaron, en el atrio mayor del templo, todos los prisioneros hechos en los cuatro años anteriores. No están de acuerdo los autores acerca del número de las víctimas. Torquemada dice que fueron setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro: otros afirman que fueron sesenta y cuatro mil sesenta. Para hacer con mayor aparato tan horrible matanza, se dispusieron aquellos infelices en dos filas, cada una de milla y media de largo, que empezaban en las calles de Tacuba y de Iztapalapan, y venian á terminar en el mismo templo (1), en donde se les daba muerte á medida que iban llegando. Acabada la fiesta, hizo regalos el rey á todos los convidados; lo que debió ocasionar un gasto inmenso. Sucedió todo esto el año de 1486.

El mismo año, Mozauhqui, señor de Xatlauhco, á imitacion de su rey, á quien era muy aficionado, dedicó otro gran templo que habia edificado poco ántes, y sacrificó también un gran número de prisioneros. ¡Tales eran los estragos que hacia la bárbara y cruel supersticion de aquellos pueblos!

El año de 1487 solo fué memorable por un gran terremoto, y por la muerte de Quimalpopoca, rey de Tacuba, á quien sucedió Toquihuatzin II.

CONQUISTAS DEL REY AHUITZOTL.

Ahuitzotl, cuyo genio belicoso no le permitia entregarse á las dulzuras de la paz, salió de nuevo á campaña, contra los habitantes de Cozcacuauhtenanco, y obtuvo una completa victoria; pero por haberle hecho

personas que concurrieron á aquella funcion, llegó á seis millones. Quizás será esta una exageracion; mas no me lo parece, atendida la vasta poblacion de aquellos paises, la grandeza y novedad de la fiesta, y la facilidad con que pasaba la gente de unos puntos á otros, caminando á pié y sin el embarazo del equipaje.

[1] Betancourt dice que la fila de prisioneros dispuesta en el camino de Iztapalapan, empezaba en el sitio que hoy se llama *la Candelaria Malcuilapilco*, nombre que significa cola ó estremidad de prisioneros. Es conjetura verosímil, y no veo que pueda esplicarse de otro modo aquella apelacion.

gran resistencia, se mostró con ellos demasiado severo y cruel. Después sometió á los de Cuapilotlan: en seguida pasó á pelear contra Quetzalcuitlapillan, provincia grande, y poblada de gente guerrera (1); y finalmente, contra Cuauhtla, lugar situado en la costa del seno mexicano, en cuya campaña se señaló Moteuczoma, hijo de Axayacatl, y sucesor de Ahuizotl en el reino. De allí á poco, los Mexicanos, unidos con los Tezcocanos, se dirigieron contra los Huexotzincos; y en esta guerra se distinguieron, por su valor, Tezcatzin, hermano del mismo Moteuczoma, y Tliltotl, noble Mexicano, que después llegó á ser general del ejército. No hallamos en los historiadores las causas, ni las circunstancias de estas guerras. Terminada la expedición contra Huexotzinco, celebró Ahuizotl la dedicación de un nuevo templo, llamado *Tlacateco*, en la cual fueron sacrificados los prisioneros hechos en las guerras anteriores; pero el incendio de otro templo llamado Tlitlan, turbó la alegría que ocasionó aquella solemnidad.

Así vivió aquel monarca en continuas guerras, hasta el año de 1496, en que se hizo la de Atlixco. La entrada de los Mexicanos en este valle, fué tan repentina, que los habitantes no tuvieron otra noticia que el verlos invadir su territorio. Armáronse inmediatamente para la defensa; pero no hallándose con fuerzas suficientes para resistir largo tiempo, pidieron auxilio á los Huexotzincos sus vecinos. Cuando llegaron á Huexotzinco los embajadores Atlixqueses, estaba jugando al balon un famoso capitán llamado Toltecatl, cuyo valor no cedía á la fuerza extraordinaria de su brazo. Enterado de lo que pasaba, dejó el juego, para dirigirse á Atlixco con las tropas auxiliares; y entrando desarmado en la batalla, para hacer alarde de su intrepidez, y del desprecio que hacia de sus enemigos, abatió

(1) Torquemada dice que habiendo Ahuizotl emprendido muchas veces la conquista de Quetzalcuitlapillan, no pudo conseguirla; mas esta provincia se halla entre las sometidas por aquel monarca en la pintura 9 de la Colección de Mendoza.

con las manos al primero que se le presentó, le quitó las armas, y con ellas hizo grandes estragos en las filas de los Mexicanos. No pudiendo estos superar la resistencia de sus enemigos, abandonaron el campo, y volvieron á México cubiertos de ignominia. Los Huexotzincos, para remunerar á Toltecatl, lo hicieron gefe de su república. Esta había estado sometida á los Mexicanos, cuyo enojo habían provocado con sus insultos: mas como los conquistados no sufren el yugo del conquistador, si no es cuando no pueden sacudirlo, siempre que los Huexotzincos se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, alzaban el estandarte de la rebelión, y lo mismo sucedía con la mayor parte de los pueblos sometidos por fuerza á la corona de México; de modo que el ejército mexicano estaba en continuo movimiento para reconquistar tantas y tan frecuentes pérdidas. Toltecatl aceptó el cargo que se le había conferido; pero apenas pasó un año, se vió obligado á dejar el empleo y la patria. Los sacerdotes y otros ministros de los templos, abusando de su autoridad, entraban en las casas de los particulares, y se apoderaban de sus provisiones, cometiendo otros escesos impropios de su dignidad. Toltecatl quiso poner remedio á tanto desorden, y los sacerdotes se armaron contra él. El pueblo se dividió en facciones, y entre ellas se encendió una guerra, que, como todas las civiles, ocasionó gravísimos males. Toltecatl, cansado de regir un pueblo tan indócil, y temiendo perecer en la tempestad, se ausentó de la ciudad con otros nobles, y pasando los montes, llegó á Tlalmanalco. El gobernador de esta ciudad dió aviso al rey de México, el cual hizo morir á todos aquellos fugitivos, en pena de su rebeldía, y envió sus cadáveres á Huexotzinco para aterrar á los que habían abrazado la misma causa.

NUEVA INUNDACION DE MEXICO.

El año de 1498, pareciéndole al rey de México, que la navegación del lago se había hecho difícil por falta de agua, quiso aumentar su volumen con la del manantial de Huitzilopochco, de que se servían los Co-

yoacaneses. Mandó llamar con este objeto á Tzotzomatzin, señor de Coyoacan, y este le hizo ver que aquella fuente no era perpetua: que unas veces estaba seca, y otras salían sus aguas con tanta abundancia, que podría ocasionar graves daños á la capital. Ahuizotl, creyendo que las razones de Tzotzomatzin eran pretestos que buscaba para no servirlo, insistió en su orden; y viendo que el otro insistía en sus dificultades, lo despidió enojado, y mandó darle muerte. Tal suele ser la recompensa de los buenos consejos, cuando los príncipes, obstinados en algun capricho, desoyen las sensatas advertencias de sus súbditos fieles. Ahuizotl, no queriendo de ningun modo abandonar su proyecto, mandó hacer un vasto acueducto de Coyoacan á México (1), por el cual se condujo el agua con muchas ceremonias supersticiosas; pues algunos sacerdotes lo incensaban, otros sacrificaban codornices, otros untaban con su sangre las márgenes del canal, otros tocaban instrumentos, y todos solemnizaban la venida del agua. El sumo sacerdote llevaba el mismo vestido con que solían representar á Chalchihuitlicue, diosa que presidía aquel elemento (2).

Con este ceremonial llegó el agua á México; pero no tardó en convertirse en llanto la comun alegría, porque habiendo sido las lluvias de aquel año extraordinariamente copiosas, creció tanto el agua, que inundó la ciudad, en términos que muchas casas se arruinaron, y no se podía transitar por las calles sino en barcos. Hallándose un día el rey en un cuarto bajo de su palacio, entró de repente el agua, en tanta abundancia, que dándose prisa á salir por la puerta, la cual no era muy alta, se hizo en la cabeza tan terrible contusión, que poco después le oca-

(1) Este acueducto fué enteramente deshecho por alguno de los sucesores de Ahuizotl, pues no quedaban trazas de él cuando llegaron á México los españoles.

(2) El P. Acosta dice que todos estos sucesos estaban representados en una pintura mexicana que existía en su tiempo, y quizás existe ahora en la biblioteca del Vaticano.

sionó la muerte. Afligido con los males de la inundación, y con los clamores del pueblo, llamó en su ayuda al rey de Acolhuacan, el cual hizo sin tardanza reparar el dique hecho por consejo de su padre Nezahualcoyotl en el reinado de Moteuczoma.

Apénas libres los Mexicanos de aquella calamidad, tuvieron que sufrir el año siguiente la de la escasez de grano, por haberse perdido el maíz de resultas de la abundancia de agua; pero al mismo tiempo tuvieron la fortuna de descubrir en el valle de México una cantera de *tetzontli*, que fué después un gran recurso para la construcción de los edificios de aquella gran ciudad. Empezó inmediatamente el rey á emplear aquella especie de piedra en los templos, y á su imitación los particulares la emplearon en sus casas. Además de esto hizo reedificar todas las que se habían arruinado, dándoles mejor forma, y aumentando notablemente la hermosura y la magnificencia de su corte.

NUEVAS CONQUISTAS, Y MUERTE DEL REY AHUIZOTL.

Pasó este rey los dos últimos años de su vida en frecuentes guerras contra Iquizo-chitlan, Amatlan, Tlacuilollan, Xaltepec, Tecuantepec y Huexotla. Tliltotl, general mexicano, terminada la primera de estas campañas, llevó sus armas victoriosas hasta Cuahtemallan, ó Guatemala, á mas de novecientas millas al Sudeste de México, en cuya expedición hizo, según los historiadores, prodigios de valor; pero ninguno de pormenores sobre sus hazañas, ni sabemos tampoco que aquel territorio quedase sujeto á la corona de México. X

Finalmente, el año de 1502, después de cerca de veinte años de reinado, murió Ahuizotl de la enfermedad que le ocasionó la contusión de que hemos hablado. Era aficionadísimo á la guerra, y fué uno de los monarcas que mas ampliaron los dominios de aquella corona. En la época de su muerte, los Mexicanos poseían casi todo lo que tenían á la llegada de los españoles. Además del valor, tuvo otras prendas reales, co-

mo la magnificencia y la liberalidad, que le dieron gran celebridad en aquellos pueblos. Hermoseó de tal manera la ciudad con suntuosos edificios, que llegó á ser, bajo su reinado, la mayor y mas bella del Nuevo-Mundo. Cuando recibia los tributos de las provincias, congregaba al pueblo, y por sus manos distribuia víveres y ropa á los necesitados. Remuneraba á los capitanes y soldados que se señalaban en la guerra, á los ministros y empleados de la corona que lo servian fielmente, con oro, plata, joyas y hermosas plumas. Estas virtudes estaban oscurecidas por algunos defectos; pues era caprichoso, vengativo, cruel á veces, y tan dado á la guerra, que parecia mirar con odio la paz, de modo que su nombre se usa todavía, aun por los españoles de aquel pais, para significar un hombre que con sus molestias y vejaciones no deja vivir á nadie (1).

(1) Los españoles dicen: *Fulano es mi Ahuizote, á nadie le falta su Ahuizote, &c.*

Por otro lado, era de buen humor, y tanto se deleitaba en la música, que ni de dia ni de noche faltaba esta diversion en palacio, con gran perjuicio de los negocios públicos; pues le robaba gran parte del tiempo y de la atencion que hubiera debido emplear en el gobierno de los pueblos. No era ménos inclinado al amor de las mugeres. Sus antepasados solian tener muchas, creyendo ostentar mayor autoridad y grandeza, en razon del número de personas destinadas á sus placeres secretos. Ahuizotl, habiendo ampliado tanto sus dominios, y engrandecido el poder de la corona, quiso significar su superioridad en el número excesivo de las mugeres con quienes sucesivamente se casó. Tal era el estado de la corte de México al principio del siglo XVI: de aquel siglo tan fecundo en grandes sucesos, y en que debia mudar de aspecto el reino, y trastornarse la situacion política y moral del Nuevo-Mundo.



LIBRO QUINTO.



Sucesos de Moteuczoma II, nono rey de México, hasta el año de 1519. Noticias de su vida, de su gobierno, y de la magnificencia de sus palacios, jardines y bosques. Guerra de Tlaxcala, y sucesos de Tlahuicole, capitán tlaxcalteca. Muerte y elogio de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, y nuevas revoluciones de aquel reino. Presagios de la llegada y de la conquista de los españoles.



MOTEUCZOMA II, NONO REY DE MEXICO.

MUERTO Ahuizotl, y celebradas sus exequias con extraordinaria magnificencia, se procedió á la eleccion del nuevo soberano. No existia ya ninguno de los hermanos de los últimos reyes, y segun las leyes del reino, debia suceder al rey difunto, alguno de sus sobrinos, hijo de sus antepasados. Estos eran muchos, porque de los hijos de Axayacatl, aun vivian Moteuczoma (1), Cuítlahuac, Matlatzincatl, Pinahuitzin, Cecepaticatzin; y de los de Tizoc, Imactlacuixatzin, Tepehuatzin, y otros cuyos nombres ignoramos. Fué preferido á los otros Moteuczoma, á quien, para distinguirlo del otro rey del mismo nombre, fué dado el título de

Xocoyotzin (1). Era generalmente estimadísimo este príncipe, no solo por el valor que habia manifestado en las batallas, mientras fué gefe de los ejércitos, sino por el cargo que desempeñaba de sacerdote; por su gravedad, por su circunspeccion y por su celo religioso. Hablaba poco, y era notable su mesura en acciones y palabras, de modo que su opinion era oida con gran respeto en el consejo real. Dióse parte de la eleccion á los reyes aliados, y estos pasaron inmediatamente á la corte á darle la enhorabuena. Moteuczoma, noticioso de esto, se retiró al templo, dando á entender que se creia indigno de tan alto honor. Allí pasó la nobleza á darle cuenta de su eleccion, y lo condujo con gran acompañamiento á pala-

(1) El autor de las Anotaciones sobre las Cartas del conquistador Hernan Cortés, impresas en México el año de 1770, dice que Moteuczoma II era hijo del primer rey del mismo nombre: error desmentido por un gran número de autoridades.

(1) Los Mexicanos llamaron al primer Moteuczoma *Huehuc*, y al segundo *Xocoyotzin*; nombres equivalentes al *senior* y *junior* de los latinos.